

HERNANDO PARDO ORDÓÑEZ

La loca Margarita

Era una viejita de baja estatura, llena de arrugas, vestida de rojo desde el sombrero hasta los zapatos. Todo el día recorría la carrera Séptima de Bogotá gritando: ¡Viva el gran partido Liberal, abajo los godos! Nunca le negaban lo que pedía porque todos, hasta don Marco Fidel Suárez, la apreciaban y la admiraban por su valor civil. Pero nadie sabía cuál era la gran tragedia que se escondía en el corazón de aquella mujer que se había convertido en uno de los famosos personajes de la capital.



Siendo muy joven estudió para maestra y ejerció la profesión durante varios años en Fusagasugá, donde se casó con Nemesio Gutiérrez. Tuvieron un hijo a quien llamaron Miguel. Fue la época de la guerra de los Mil Días. Nemesio, decidido admirador del general Uribe, se enganchó con las fuerzas revolucionarias y murió en la batalla de Palonegro. Un hombre sanguinario llamado Aristides Fernández recorría los pueblos con unos soldados en misión política y supo que Margarita utilizaba su cátedra para hablar bien a los niños del general Rafael Uribe Uribe y sus ideas revolucionarias. Por eso les tendió una emboscada a ella y a su hijo, los amarró y los azotó públicamente y finalmente ordenó fusilarlos. Margarita se abalanzó de rabia contra los soldados y en momentos en que Miguelito se zafó las ataduras para huir, un soldado lo mató.

Se fue Margarita para Bogotá, donde su esposo le había dejado un enorme lote. Allí construyó un rancho y permitió que otros invadieran su terreno a condición de que le dieran de comer. Vestía de blanco porque así debía ser el luto por su esposo y por su hijo. Pero cuando el 15 de octubre de 1914 fue asesinado a hachazos el general Uribe Uribe en las gradas del Capitolio Nacional por dos oscuros criminales, Margarita, que estaba cerca, corrió hacia el cuerpo del general, lo abrazó, lloró, gritó y se desmayó.

A partir de entonces perdió el seso, se vistió siempre de rojo porque así había quedado su vestido con la sangre de su ídolo y se dedicó a deambular por las calles de la capital. Entraba a todas partes, al Congreso, al Concejo, a las iglesias, a los cafés, a las casas de los poderosos y a los nidos del hampa, siempre gritando su lema. Su actuación fue especialmente activa durante la campaña y elecciones de 1929 y se sintió feliz cuando el partido liberal retornó al poder con el doctor Enrique Olaya Herrera. Murió a comienzos de 1942. La sepultaron en el Cementerio Central por cuenta de la Dirección Liberal y desde entonces siempre ha tenido flores rojas sobre su tumba.